

UTO de E. GIENNENSES

tro de ENTRADA

808

1869

RAMO DE PENSAMIENTOS

QUE Á LA

SANTÍSIMA VIRGEN DE LA CABEZA

PATRONA DE ANDUJAR

LE DEDICA SU HIJA DEVOTÍSIMA

LA SEÑORA

Doña Francisca de Lemus

DE FLORES SUAZO.

INSTITUTO DE ESTUDIOS
GIENNENSES

DIPUTACION PROVINCIAL
JAEN



JAEN.

IMPRESA DE LA DIPUTACION PROVINCIAL,
Á CARGO DE D. JOSÉ RUBIO.

1884

INSTITUTO de E. GIENNENSES
Registro de ENTRADA.
Núm. 308
Fecha 10 de 2 1969

RAMO DE PENSAMIENTOS

A LA
VIRGEN DE LA CABEZA.

RAMO DE PENSAMIENTOS
QUE A LA
SANTÍSIMA VIRGEN DE LA CABEZA

PATRONA DE ANDUJAR

LE DEDICA SU HIJA DEVOTÍSIMA

LA SEÑORA

Doña Francisca de Lemus

DE FLORES SUAZO.



JAEN.

—
IMPRENTA DE LA DIPUTACION PROVINCIAL,
Á CARGO DE D. JOSÉ RUBIO.

—
1884.

A la Virgen de la Cabeza.

A ti, Madre mia de la Cabeza; á ti, siempre mi consuelo, mi devocion, mi amparo, lo mismo cuando unia de niña mi ¡viva! infantil al ardiente ¡viva! de todo el pueblo en que nací, de toda la comarca que bendice tu nombre; lo mismo cuando jóven sintiendo la impresion dulcísima de tu cariño, que hoy en que con lágrimas de ternura encomiendo á tu proteccion la vida y la ventura de mis hijos; á ti, siempre mi abogada y protectora, dedico este ramillo de flores para adornar tu altar, para ensalzar tu nombre, más dulce que la esperanza.

Francisca de Lemus
de Flores Suazo.

CUARTA DE LAS «CARTAS
SOBRE
EL ORIGEN, APARICION Y CULTO DE LA IMÁGEN
DE LA
SANTÍSIMA VÍRGEN DE LA CABEZA,
PATRONA DE ANDUJAR,
POR EL DOCTOR
DON MANUEL MUÑOZ Y GARNICA,
CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA DE JAEN.
NUEVA EDICION.
Madrid; Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL. 1866.»

Sr. D. Francisco de Sales Delgado:

JAEN 12 DE MAYO DE 1865.

MI QUERIDO AMIGO: La Religion y la naturaleza se parecen en que ambas observan una marcha constante y uniforme. Una vez entrada la primavera, la deliciosa Sierra Morena se viste de flores aromáticas; los valles se pueblan de cantores; las fuentes y los rios corren alegres murmurando bajo las copas de los árboles que dan sombra y frescura. Mágico panorama se descubre desde el mirador de la Virgen, puesta como en el centro de los montes Marianos: y el inmenso tapiz que de verde y blanco cubre la sierra, se va salpicando de los más bellos colores con la vigorosa y general explosion de todas las semillas. Tales son los preparativos de la fiesta.

Los devotos cofrades de la Virgen observan la misma puntualidad. De un año para otro se dán la cita para la romería del último domingo de Abril; y apenas se aproxima, preparan sus caballos, requieren sus armas, despliegan sus banderas de seda, atirantan el parche de sus tambores, ellos se aderezan, y empuñando sus cetros de plata se ponen en camino, seguidos de alegre y abigarrada comitiva.

Ha caído en desuso de tiempos muy atrás la asistencia de muchas cofradías, aunque hagan en los pueblos solemnes fiestas á la Virgen, como sucede en Ubeda; pero siguen siendo fieles á la tradicion la de Colomera, la más venerable entre todas por el recuerdo de su afortunado pastor, y la de Santa Fé que le está unida; las de Rute y Martos; la de Alcalá la Real, que tienen prácticas muy devotas, y la de Andujar; las de Valenzuela, Lopera y Arjonilla; las de Arjona y Torre del Campo; las de Priego y Marmolejo; las de Montoro y Bailen; las de Jaen y Puertollano. Pónense en marcha en día fijo, y por donde quiera que pasan levantan la tierra. Forman un cordón, que así como los ríos, va creciendo con el tributo de sus afluentes. Los de Colomera toman gente de algunos pueblos de Granada, y se engruesan con la del Campillo, Huelma y lugares aledaños: recíbenlos los de Jaen con su música y su bandera, y en hueste numerosa prosiguen su camino. A los de Alcalá la Real se reúne la gente de sus aldeas y de los pueblos de Alcaudete y del Castillo. Los de Rute, Montoro y Valenzuela arrastran muchos cordobeses; los de Puertollano reclutan manchegos y gente del país en las nuevas poblaciones de Sierra Morena; y otro tanto sucede con las demás hermandades.

A la devota algarada acuden falanges allegadizas, músicos y aventureros, pedigüños y lisiados; y los muchachos despavilados de tiempo inmemorial conocidos con el nombre de *desertores*, que fiados en la Providencia se consideran en la obligación de asistir á la romería. Los enfermos desahuciados que recobraron la salud, las pia-

dosas mujeres que llevan su limosna de cera para la Virgen, la hermana mayor de algunas cofradías con su banderín de raso ó de terciopelo bordado de lentejuelas, y su pistola ó escopeta para las salvas de ordenanza; todo esto y mucho más que es de notar forma un conjunto tan bizarro, que excita la imaginación y alegra la vista.

A una misma hora entran todas las cofradías en Andujar, siendo recibidas en el puente que hay sobre el Guadalquivir por su cofradía y un gentío inmenso. Se cruzan las banderas, se voltean al aire, se saludan con tiros, se victorea á María Santísima, y el estrépito de las músicas militares trastorna con puro regocijo al pueblo entusiasmado.

Pero no es la pluma, amigo mío, sino el pincel de Haes ú otro por el estilo quien debiera bosquejar la subida de las cofradías reunidas al cerro de la Cabeza. Diez, veinte, treinta mil personas, un número difícil de calcular por los accidentes del terreno, se dirige al santuario. En San Ginés, en *Lugar Nuevo*, bajando las cañadas, trepando á las alturas, en las orillas del Jándula, entre rudos peñascos, lentiscos, cantuesos y jarales, guarida de las fieras, y costeanado la montaña y subiendo majestuosa por las calzadas, la muchedumbre se arrastra como una serpiente de mil colores, ya moviendo de un lado para otro la cabeza, ya quebrando el cuerpo, ya sacudiendo su cola, silbando y rechinando como un reptil colosal que pecho por tierra y con la artificiosa máquina de sus anillos, fuese ganando con trabajo la escabrosa pendiente de la sierra. Dan preciosísimo realce á tan bello espectáculo sobre cuarenta banderas azules y blancas, verdes, encarnadas y amarillas, que riza el viento. ¡Oh, qué cuadro tan magnífico! Entretanto la multitud á quien honran y protegen la cruz del Salvador, el anagrama de la Virgen, las barras y castillos de sus escudos municipales, victorea con fervor creciente á la Madre de Dios, y el eco de sus *vivas!!!* resuena en las montañas.

Esta es la parte brillante de la fiesta: hay otra subli-

me, que arranca lágrimas. Pobres mujeres que vienen de muchas leguas á pié y descalzas; personas de uno y otro sexo que suben de rodillas largo trecho de la cuesta, y que no pudiendo llegar hasta los piés de la Virgen son sostenidas el hijo por su madre, la madre por sus hijos: niños arrancados del sepulcro que en accion de gracias se presentan á su Reina y Señora vestidos con la mortaja, suelto el cabello y con sus coronas de siemprevivas, como si se levantaran del atahud: ancianos, enfermos y convalecientes que llegan en ayunas por recibir la Eucaristía; tullidos curados que traen sus muletas para dejárselas á la Virgen; y por último, austéros y vigorosos penitentes que con las rodillas desnudas suben al Santuario, dejando en las piedras de la calzada un rastro de sangre; tal es el cuadro que hemos presenciado en la romería de este año, y ahí está para que lo contemple el curioso lector. Sólo un rasgo nos faltaba que añadir para ponderar la fé de los que sufren este martirio: cumplida su promesa, piden la gracia de que se les permita tomar con los dedos un poco de aceite de la lámpara de la Virgen, para con él ungirse las heridas.

El culto que recibe la Virgen en tales dias es asombroso. El pobre ofrece cera, manda decir Misas, toma *estadales* de seda de todos colores, que despues de tocados á la Virgen se los pone al cuello, y así entra en su casa repartiéndolos á su familia como un recuerdo piadoso: toma tambien estampas de la Virgen y hace limosnas para la fábrica del Santuario: y ya se sabe que cuando el pobre se pone á dar una limosna, dá todo lo que tiene. Es tanta la devocion, que inflamados los hombres del pueblo suelen empezar discursos que no pueden concluir por falta de instruccion y de palabras: dejan incompletas algunas imágenes de la Biblia, rebuscan algunas frases, con violentos ademanes las sacan del corazon y estallan en la boca: pero vacilando en sus discursos que no aciertan á concluir, viene luego en su auxilio este grito siempre repetido—¡VIVA MARÍA SANTÍSIMA!!!

El estandarte de la Virgen cubre entretanto la cabeza de este tribuno del pueblo, que trémulo y apasionado prepara otra descarga. Para él no hay dificultades: no resuelve árduas cuestiones, pero las toca, las indica. La causa de la Religion, la causa del Pontificado, la conversion de los pecadores, la paz y concordia entre los Príncipes cristianos, hallan en el más oscuro cofrade de la Virgen un abogado celoso. Su generosidad le obliga á ponerse de parte de todo lo que en el mundo se ve ultrajado y perseguido. Encomienda sus hijos á la Virgen, le ruega que bendiga los campos, pone en su mano la suerte de los pobres, y pide su asistencia á la hora de la muerte. Tras esta exaltacion nadie esperaria el silencio y devoto recogimiento con que se reza el rosario.

Alumbran la noche infinidad de hogueras delante de las tiendas de campaña, y de las casas que en la pendiente del cerro tienen varias hermandades: al venir el dia cada cofradia oye la Misa que dice su propio Capellan, y animándose poco á poco el cuadro con nuevas tintas y nuevos accidentes, concluye la romería con la procesion de la Virgen que baja y vuelve á subir por las calzadas.

Para tan devoto y grandioso espectáculo se despoja á la Virgen de su manto más rico; quédase con el más pobre y usado, casi tan antiguo como ella. Sale en unas andas muy grandes, toscas y pesadas: como cien hombres formando cadena la sostienen en la bajada y la impulsan en la subida. Encima de las andas van Sacerdotes tocando sin cesar á la Virgen *estadales*, rosarios, estampas y medallas; tambien van sobre las andas algunos enfermos. El Clero con cruz parroquial y el páblio, y detrás una comision del ilustre ayuntamiento, siguen á la Virgen.

Los cánticos religiosos, las voces del órgano, el repique de las campanas, el redoble de los tambores, el saludo de tantas banderas, las salvas no interrumpidas, las músicas militares tocando la marcha Real, los vivas repetidos por un pueblo inmenso que hasta en los cerros

inmediatos hinca en tierra la rodilla; las flores, el incienso, el humo de la pólvora, las bendiciones y las lágrimas de fervorosa muchedumbre, forman un conjunto tan imponente y tan grandioso, que no es fácil ponderar.

El paso de la Virgen por aquellas calzadas salpicadas de sangre y húmedas con el llanto, hollando aquellas banderas que se abaten hasta el suelo y aquellos corazones que se humillan hasta el polvo, nos obligan á exclamar:—¡Esta es verdaderamente la REINA DEL MUNDO!— Cuando la Santísima Virgen vuelve á sus hijos su divino rostro para entrar en su templo, una salva de 200 tiros señala el término de tan sublime espectáculo. Este es el momento en que los corazones más duros se enternecen y lloran los que jamás habían llorado. Grandísimo consuelo es sin duda decir:—¡Madre mia santísima, también tengo yo fé, puesto que lloro!

Ahora, amigo mio, sin dejar de repetir mi deseo de que algun artista de génio se apodere de este asunto y traslade al lienzo escenas vistosas y aun admirables, que no están al alcance de mi pluma, confieso á Vd. que en algunos momentos no me pareció que bastaria para conseguir tal resultado algun famoso pincel. Seria indispensable tener á la mano aquel pincel de oro del cielo de que nos habla el cardenal Wiseman, que él supo manejar con tanta dulzura; pero al morir el insigne español, el autor de *Fabiola* se llevó el pincel consigo; como los gloriosos mártires Hemeterio y Celedonio que caminando á la muerte, arrojaron á lo alto el reloj y el anillo, que no volvieron á la tierra.

Dejo á Vd. estas cartas, amigo mio, en memoria de mi visita al devoto santuario, donde espero se acordará de mí alguna vez para encomendarme á Dios y á su Madre Santísima. Deseo vivamente que hayan sido de su agrado, y ya sabe Vd. que puede mandar, barras derechas, todo lo que guste á su afectísimo seguro servidor y capellan Q. B. S. M.

MANUEL MUÑOZ GARNICA.

A LA VIRGEN

(BAJO LA ADVOCACION DE LA CABEZA.)

ODA.

Daban rayos al Sol puros y rojos
Que la mezquina tierra iluminaban,
Del excelso Hacedor los limpios ojos
Porque á través de su cristal miraban,
Y fijos desde el día
En que encendió aquel Sol con su reflejo,
Gobernaba su obra y la veía
Siempre asomado al luminar espejo.
Esa fija y espléndida mirada
A Sodoma incendió; fué con su huella
De Sináí la cumbre iluminada;
La zarza de Moisés ardió por ella.
Ella es la luz; la tempestad deshace,
Calma la mar ó la alza embravecida,
Y otorga á cuanto nace
Movimiento y calor, gérmen y vida.

Y muchos siglos antes que naciera
Su predilecta flor, ya la miraba
Coronando la eterna primavera
Y su aroma purísimo gozaba
Y en crearla cabal se complacía,
Que la flor de su amor, era María.
Cuanta belleza cabe
En sol, en cielo, en mar, en viento, en tierra,
En pensil, en mujer, en flor y en ave
María-Virgen en su ser encierra.
Arca de fé, y anillo de esperanza,
Luz de ventura, que el cenít clareas,
Bálsamo del dolor, flor de alianza,
Raudal de inspiracion, ¡¡ bendita seas!!
¿Qué vale cuanto el mundo
Tiene de rico y bello para darte?
Si con respeto trémulo y profundo
Van los astros sin fin, á saludarte.....
Recibe sin embargo nuestra ofrenda
Por la ardorosa fé que la dirige,
Y cuando el manto de tus hombros penda
A todos nos cobije.
Ni un paso, de este mundo en la partida,
Sé exime del pesar; de acerbo llanto
Regamos el sendero de la vida:
Enjúguelo tu manto
Oh madre de los hombres bendecida.
Los huérfanos, los tristes, los heridos
Con puntas del dolor, los que anhelando
Pasan la vida amarga,
Los que surcando el mar corren perdidos
Ancha estela de lágrimas dejando

Tras de la frágil nave combatida,
Todos te ven... para los unos tomas
Consuelos en tus ojos;
Para aquellos las flores de las lomas;
Para éstos del sol los hilos rojos
Ó el dulce suspirar de las palomas;
Para otros la bonanza;
Ya eres aliento y faro, ya afligida
Lloras con el que llora,
Ora tomas la voz de la esperanza,
Ora la voz del duelo conmovida,
Ora la palma de triunfal Señora.
La madre que en la guerra
Tiene al hijo querido, te lo ofrece;
La que le pierde, huérfana en la tierra,
Verle á tu lado dulce le parece
Y espera que ha de hallarle y ha de verte
Trocando en luz las sombras de la muerte.
¡Que invente el descreído
Un consuelo que engendra una esperanza
Por bella mano de mujer venido
Al pecho en cariñosa confianza!
¿Qué es el mundo...? las madres y los hijos,
Gérmen y fruto que el amor concentra,
Llámete madre, en tí los ojos fijos,
Todo el que aspira á un bien que aquí no encuentra.
La lluvia dá á los campos agostados
Y sus tesoros abrirán, y el hombre,
Las flores, las espigas y los prados
¡Madre! dirán al bendecir tu nombre.

ANTONIO ALMENDROS AGUILAR.

A Nuestra Señora de la Cabeza.

LAMENTACION.

Herido, desolado,
Sin voz y sin aliento, Madre mia,
Llego á tus plantas, de vivir cansado
En eterna y tristísima agonía:
Dentro el pecho llagado
He sentido latir, noble y sereno,
El corazon henchido de dulzura,
De amor ferviente y de entusiasmo lleno;
Y á la humana criatura
He amado con pasion, aunque me ha herido;
Y he llorado su error amargamente,
Y para ella he pedido
Luz y piedad al Ser Omnipotente.
¿Por qué la raza humana
Vive esta vida de profundo encono,
Nutrida de ira insana
Y á su propia altivez alzando un trono?
Y ayer y hoy y mañana,

Presa de horrible vértigo que aterra,
Contra sí misma lucha, y más se afana
Cuanto más puede hacerse cruda guerra?

Emponzoñado el pecho,
Muerta para el amor el alma fría,
Sin razón, sin justicia, y sin derecho,
El hombre turba el mundo en guerra impía;
Y en vez de unir las fraternales manos
Y, en paz y amor, dulcificar la vida,
¡Miserables humanos!

Hermanos contra hermanos
La aguda espada esgrimen, homicida.

¡Oh Madre! el desaliento
Invade el corazón y ahoga mi canto:
Una vez y otra y ciento
He regado la tierra con mi llanto
Al ver la lucha fiera
En que el hombre se agita y se debate,
Llevando por doquiera
El horror y el estruendo del combate.

Ni lágrimas, ni gritos, ni clamores
Han conmovido al hombre; y sigue impío
De la guerra aumentando los horrores
Y ensangrentando el valle, el monte, el río;
Viviendo de rencores,
Bañado en hiel el corazón de acero,
De sí mismo y de todos receloso,
Adusto el ceño, el ademán severo,
Y perdido hasta en sueños el reposo.

¿Esto es vivir? La mano
Que descorre el crespon del firmamento,
Y hace brillar excelso y soberano

El astro Rey desde su altivo asiento,
Y dá jugo á la tierra, y á las flores
Vida, salud, perfumes y colores;
La mano omnipotente
Que guarda el nido del gilguero amante
Y hace el cristal de la escondida fuente
Que entre las guijas se desliza errante;
La mano generosa
Que, del barro humildísimo y mezquino,
Modeló, poderosa,
La humana forma con cincel divino,
¿Habrá puesto en la hechura
—A quien dotó su Autor con mano llena—
La vil y repugnante levadura
Que lo corrompe todo y lo envenena?

.
Perdona ¡oh Madre! que en la mente mia
Por un fugaz momento
Surja la duda que al Supremo injuria:
Nó, jamás lo creería:

¿Cómo en obra tan alta ese cimiento
De error, de vanidad, de horrible fúria,
Que lo más santo y respetable huella,
Todo lo asalta y todo lo atropella?

Nó: del hombre insensato,
De él solo y de su error todo procede;
De él solo, del ingrato
Que en su atroz ceguedad olvidar puede
Que á un impulso de amor debió la vida,
Que hoy por el fango arrastra, envilecida.

.
.

Yo impetro, Virgen Madre!
Tu alta piedad para el error humano:
Tú implorarás del Padre
Gracia y perdon para el orgullo vano,
Que, en vez de alzar al hombre al claro cielo,
Le humilla atado al miserable suelo.
Tu inefable dulzura
Se infiltrará en el pecho impenitente,
Y, al comprender el hombre su locura,
En el polvo hundirá la altiva frente,
Sus ódios deponiendo y sus rencores
En aras de tus plácidos amores.

.
.
Mas ¿quién llega hasta ti, Madre adorable,
Invocando tu nombre santo y pío?
¿Quién soy yo? ¡miserable!
Átomo vil, perdido en el vacío:
¿Por qué me atrevo á levantar mi canto
Hasta la excelsa altura,
Y á ofrecerte mis ayes y mi llanto,
Tu piedad invocando y tu ternura?

Ah! yo pretendo hablarte
En nombre de ese pueblo que te adora:
Ahí aprendí á cantarte
De la voz de mi madre al blando arrullo,
Que cantaba su amor y tu pureza,
Con fé sencilla y con piadoso orgullo
Ensalzando el valer de su CABEZA.

En la floresta umbría
Que la márgen del *Jándola* guarnece,
—No lejos de tu altar, dulce María,—

Yo he escuchado la tierna melodía
Que se eleva hasta Tí cuando amanece.

Su cántiga de amores
Te dedican, armónica, las aves;
Envíante las flores
Sus esencias más ricas y suaves;
Se alza en tierno concento
De las aguas el plácido murmullo,
Te lleva manso el viento
De la amorosa tórtola el arrullo,
Y el nuevo sol, con rayo refulgente,
Traza un nimbo de luz sobre tu frente:
Naturaleza entera
Viste por Tí sus esplendentes galas
De hermosa primavera,
Y eleva el blando céfiro á tu oído
El clamor de ese pueblo agradecido.

De esa ilustre ciudad que fué mi cuna
Soy el heraldo que su amor pregona;
Déjame, entre mis penas, la fortuna
De añadir esta flor á tu corona,
Que si es pobre y humilde por ser mía,
Su humildad y pobreza
Harán resaltar más, dulce María,
De tu favor insigne la grandeza.

M. M. MONTERO.

Jaen, Abril de 1884.

A la Stma. Virgen de la Cabeza.

Cambias la pena en placer
Y la tormenta en bonanza,
Y la angustia en esperanza
Y en ventura el padecer.
El sufrimiento de ayer
Ya no es temor ni tristeza;
Hoy el pueblo que te reza
Vá por Tí con frente altiva,
Y Andujar repite: ¡VIVA
LA VIRGEN DE LA CABEZA!

JOSÉ MORENO CASTELLÓ.

A la Stma. Virgen de la Cabeza,

Yo llegué al pié del altar,
y ya de tu altar al pié
te pude, Madre, mirar;
sentí el pecho palpitar
y á tus plantas suspiré.



Yo no sé qué me decia
tu noble y bello semblante
que suspirando veia;
yo solo sé que, anhelante,
mil veces te bendecia.

Y de nuevo te miraba,
y puesto ante tí de hinojos
con mayor fé te rezaba,
siempre que otra vez alzaba
hasta tu altura mis ojos.

Y es que en tu imágen bendita
y en la soledad del templo

algo divino palpita;
algo que sirve de ejemplo
para el alma que medita.

Entre abrojos y entre peñas
tu alto templo se levanta,
quizá porque al hombre enseñas,
que la virtud va entre breñas
en pós de la gloria santa!

Que Tú eres faro de amor
que hácia el bien supremo guia;
que á tí llega el pecador,
y al nombrarte, Madre mia,
siente el consuelo mayor.

Que Tú, la Reina del Cielo
y de los orbes señora,
calmas el terrible anhelo,
y no hay un mal sin consuelo
para el triste que te implora.

Ah! Quién supiera cantarte
con tal fé, de tal manera,
que al bendecirte y nombrarte
solo de amor, no del arte,
el dulce canto naciera.

Y puesta en tí la esperanza,
pidiéndote el bien fecundo
que en Dios y por tí se alcanza,
dejar el mar sin bonanza
y las miserias del mundo!

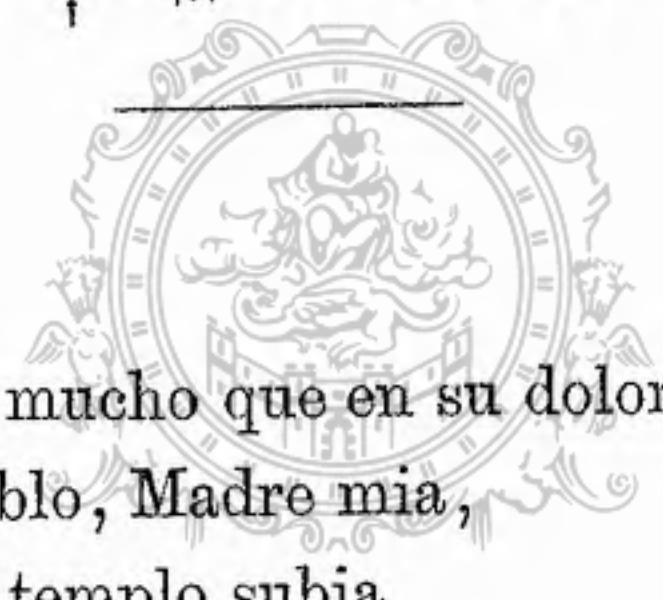
JOSÉ MORENO CASTELLÓ.

Jaen, 1884.

LA CIUDAD DE ANDUJAR

Á SU EXCELSA PATRONA

la Stma. Virgen de la Cabeza.



No há mucho que en su dolor
Este pueblo, Madre mia,
Hasta tu templo subia
Con angustia y con temor.
Pronto un rayo de tu amor
Calmó de un pueblo el anhelo;
Pronto un milagro del cielo
Mostró una vez más al hombre,
Que siempre es tu santo nombre
Un manantial de consuelo!

J. M. C.

A la Stma. Virgen de la Cabeza.

Madre! Toda la ciudad
Que hoy pisa tu noble planta,
Hasta tu trono levanta
Su fé, su amor y humildad.



A tí acudió en su quebranto
Y, contándote su duelo,
Te pidió dulce consuelo
Al pié de tu templo santo.

Pronto en el lugar sagrado
Halló el pueblo, Madre mia,
El consuelo que pedia
Su corazon angustiado.

Pronto del cielo sombrío,
Que há poco su azul mostraba,
La mano de Dios lanzaba
El benéfico rocío.

—

Y el pueblo que hoy reza y llora
Y que su entusiasmo dice,
Ya de rodillas bendice
á su noble intercesora.

J. M. C.



A la Virgen de la Cabeza.

ODA.

Dignaos, Señora, iluminar mi mente
Para que sea este canto que os dedico,
Así en la voz como en ternura rico,
Diciendo el labio lo que el pecho siente.
Niño era yo cuando, por vez primera,
Ví la Sierra Mariana:
Jamás lo olvidaré; fué una mañana
De la más apacible primavera.
Velaba el sol su luz y sus ardores
Bajo gasas de sombra y de frescura,
Y el campo ornado con tapíz de flores
Ostentaba dulcísima hermosura
De luz y de fragancia y de colores.
¡Y cómo palpitaba
El corazón del niño en aquel día
Al remontar la altura que escalaba,
Y otro monte más alto se elevaba,

Y el monte que buscaba no veía!
Inquieta el alma levantaba el vuelo
Con alas que le dió naturaleza,
Sospechando en su anhelo
Que del objeto ansiado la grandeza
Se sombrearía, á lo ménos, en el cielo.
¡Más allá...! más allá...! y un nuevo monte
Alzábase otra vez, siempre cerrando
Con cortina de piedra el horizonte.
Y más el alma que la planta andando,
“¿Cuánto falta? Qué tiempo? ¿Qué distancia?”
Ibase á cada instante preguntando.
Y al cabo, la lejana resonancia
De voces mil oyó; sobre una cumbre,
Entusiasta, feliz y prosternada,
Miraba innumerable muchedumbre.
¡Desde allí! ¡Desde allí! Ya la mirada
Pronto se saciará con el objeto
Que con afán inquieto
Anhela ver el alma enamorada.
¡Qué lento marcha el tiempo! ¡Cuál se extiende
Y prolonga el espacio, cuando agita
La aspiracion ansiosa é infinita
Con que, en llegar al bien, el pecho tiende!
¡Arriba...! ¡Un poco más...! ¡Algunos pasos...!
¡Vedla! ¡Allí está! Con régio señorío,
El alto monte en que su trono asienta
Y en que muestra su excelso poderío,
Deja á los otros en grandeza escasos;
Los anchos cielos por corona ostenta,
Y cántale el rumor de manso río,
De finísima arena en limpios vasos.

¡Vedla allí! Es la dulcísima María,
La amada de los cielos y la tierra,
La augusta Reina á quien servir ansía
El universo y cuanto en él se encierra.
¡Vedla! ¡Esa es! Inmensa gritería,
Vitores, salvas, músicas, tambores,
Como explosion ardiente y clamorosa
De santos, vehementísimos amores,
Ensordecen los aires con sus ecos,
Que repite con voz mas poderosa
La abrupta sierra en sus profundos huecos.

Y absorto ante tan grande maravilla,
Tambien el pobre niño
Dobló, movido por filial cariño,
Ante su augusta Madre la rodilla.
Rezó y lloró y su voz lanzó á los vientos:
Tambien el avecilla,
Cuando el alba aparece en la floresta,
Une alegre sus tímidos acentos
A la sublime, incomparable orquesta,
Con que ensalzan á Dios los elementos.

¡Qué hermoso cuadro aquel! ¿Dónde hay pinceles,
Dónde hay pluma capaz y dónde hay lira
Que canten, narren ó bosquejen fieles,
Siendo allí tanto lo que al alma inspira?

Y yo, pobre cantor, yo soy, Señora,
Aquel oscuro niño que, mezclado
Al piadoso tropel, pasó ignorado,
Cual vá en la onda sonora

De hirviente mar el átomo arrastrado.
Yo soy el niño aquel: los años mueren,
Pues del tiempo, veloz voltea la rueda:
Vuestro amor y mi amor, sólo eso queda;
Que no se olvidan los que bien se quieren.

¡Y yo sé que me amas! ¿No has de amarme
Cuando has sufrido tanta desventura
Solamente, Señora, por salvarme?
Y yo sé que en el mar de tu ternura,
Con ser sus aguas tantas,
Guardas, cual perlas que cogió tu mano,
Las lágrimas que un niño, en día lejano,
Trasportado de amor dejó á tus plantas.
Como en copa de oro
Guardadas fueron en tu pecho tierno;
Cuando lleguen al trono del Eterno
Presentadas por tí, son un tesoro.

¡Santo recuerdo de la infancia bella
Que á la lima del tiempo así resiste!
Contempla el alma mia tu dulce huella,
Como el náufrago triste
En tenebrosa noche blanca estrella.
¡Cuánto ha pasado desde aquellos días!
¡Qué mezcla de dolores y alegrías!
¡Qué alevés asechanzas
Por arrancarme santas esperanzas
Y sumirme en eternas agonías!
¡Ay del bajel que afronta, desprovisto
De brújula y timon, los aquilones!
¡Ay del jóven que boga en las pasiones

Sin ir armado de la fé de Cristo!
¡Cuántas veces, Señora, cuántas veces,
Ovejuela perdida en bosque oscuro,
Para tornar hácia el redil seguro
Me así á la mano que amorosa ofreces!
Triunfó mi fé; pero al volver la vista
Sobre aquel que crucé profundo abismo,
Tiemblo de nuevo dentro de mí mismo
Y el eco del pasado me contrista.

Quiero, pues, evocar en mi memoria
Recuerdos infantiles,
Que tornan en bellísimos pensiles
Los secos campos de mi oscura historia.
Sobre imponente y escarpado risco
Que con las altas nubes se avecina,
Tú, Pastora divina,
Formar quisiste el amoroso aprisco.
Desmorónase un siglo y otro llega;
Y cada uno que viene,
La santa fé, que el que pasó le lega,
Tu hermoso culto con piedad mantiene
Y nuevos hijos á tus pies congrega.

¿A qué hercúleo gigante
Fué encomendado el colosal trabajo
De elevar esa fábrica arrogante
De alto peñon sobre el cortado tajo?
¿Cuál fué la fuerza extraña
Que de la dura mole de granito
Sacó el templo bendito,
Cual si quisiese hacer de una montaña

Santa oracion que sube al infinito?
¿Quién llevó á esas alturas,
Nido de azores y cubil de fieras,
Ricos mármoles, bronce y esculturas,
Bordadas vestiduras
Y el órgano y sus notas placenteras?
¡Todo lo hizo la fé! Bendita sea,
Que así alienta y consuela y fortalece,
Y el corazon de polvo así ennoblece
Y tan grandiosas maravillas crea.

Y todo para tí: ¡cuánto te amaron
Esas generaciones fervorosas
Que tal templo á tu nombre levantaron!
Ofrendas generosas
De riquísimos dones,
La vieja España tributó á tu culto;
De pátria y fé las dulces pulsaciones
Latieron por sus glorias tutelares,
Y el nuevo mundo, oculto
Del lado allá de los inmensos mares,
De los ricos veneros que en sus senos
Naturaleza pródiga dejára,
Mandó tributos que en sudor regára
Piadosa mano de tus hijos buenos. (*)

(*) En las Actas Capitulares de la Santa Iglesia Catedral de Jaen, del año 1712, hay curiosas noticias relativas á la obra del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza de Sierra Morena. En 17 de Junio, el Sr. Dean D. Iñigo Manuel y Fernandez

Acepta, oh Madre mia,
Este, tambien, que de mi pecho sale:
Si, por pobre mi mente, nada vale,
Valga por la ternura que lo envía.
Tan viva es como en pasados años,
Cuando á verte llegué, niño inocente;
Quien de tu amor las suavidades siente,
Ni te olvida ni teme desengaños.

de Córdoba, Caballero del hábito de Alcántara, dá cuenta de haber recogido entre los devotos de la Virgen la suma de seis mil ciento veinte y cuatro reales, y de haberlos entregado á D. Fernando de Torres del Baño, á cuyo cargo y cuidado estaba la obra de aquel Santuario. El Cabildo le dió las gracias por la solicitud que aplicaba á ella.

En 22 de Junio se dió lectura de una carta de D. Diego de Morales Velasco, Caballero del hábito de Calatrava, Secretario del Real Consejo de las Indias y del Supremo de las Ordenes, incluyendo otra de D. José Gutierrez de la Peña, fechada en Cartagena de Indias á 4 de Agosto de 1711, noticiando al Cabildo que remite en flota mil quinientos pesos que en aquella provincia se juntaron de limosnas para el mismo Santuario. En 16 de Agosto volvió á recibirse carta del Secretario Morales ofreciendo dar aviso inmediato de la llegada de la suma recogida. Además de estas devotas demostraciones de tan piadoso caballero, en Enero del año siguiente, 1713, participó al Cabildo haber enviado al Santuario tres mil reales para que el día de San Diego se le diga, cada año, una misa en el altar de Nuestra Señora. Así consta en el acta de 20 del mes, y el Cabildo «considerando que este caballero es uno de los primeros bienhechores de dicho Santuario y que, además de esta limosna, ofrece continuarlas con el mismo celo y fervor, acepta esta dotacion y acuerda que se invierta en bienes raíces ó censos.»

A 9 de Mayo se recibieron nuevas cartas de D. José Gutierrez de la Peña, Fiscal de la Audiencia de Guatemala, y de

Y pues soy un viajero
Que por valle de lágrimas transita,
Sé mi guía en tan tristísimo sendero,
Y al llegar de mi vida el día postrero
Ampáreme tu protección bendita.

FEDERICO DE PALMA Y CAMACHO.

Jaen, 1884.

D. Diego de Morales, participando aquel haber remitido en la flota mil quinientos cincuenta y cinco pesos escudos, y éste que se hallaban en la casa de contratacion de Sevilla. Los recogió el Cabildo y se invirtieron en las obras á que venian destinados.

Otra vez aparece en las actas el fervoroso Secretario de Indias, y por el contesto literal de su carta se vé que él era el donante de la importante suma que entonces vino; pues dice, y así se lee en el acta de 12 de Diciembre, «que luego que llegue la flota que se espera en breve, solicite (el Cabildo) en Sevilla el reintegro de los mil cuatrocientos cinco pesos *que destina al mismo Santuario*, conforme á la cuenta, remitida por los Oficiales Reales de Veracruz, de los caudales que venian en la Almirante de Barlovento que se perdió en la costa de la Habana.» A pesar del naufragio del buque, el Santuario se reintegró de aquella cantidad en Sevilla, ya porque así lo expresa el donante, ya por la autorizacion que el Cabildo concedió, para cobrarla, al Canónigo Penitenciario D. Bartolomé de Sanmartin y Uribe, hijo ilustre de la ciudad de Jaen y luego Obispo de Palencia.

Morales y Velasco, tan devotísimo de la Virgen de la Cabeza, acaso seria natural de Arjonilla, porque en el acta del Cabildo, de 11 de Octubre, se dá cuenta del regalo que habia hecho, de un pálio, á la iglesia parroquial de dicha villa.

Justo será que el cristiano lector de estas viejas noticias encomiende á Dios las almas de aquellos amantísimos devotos de Nuestra Señora de la Cabeza.

A la Virgen de la Cabeza. (*)

Mi Virgen adorada,
Mi dicha y mi consuelo,
Acoge desde el cielo
Propicia mi oracion:
Desque mis ojos vieron
Por vez primera el dia,
Grabada, Madre mia,
Te hallé en mi corazon.
Tu nombre sacrosanto
Que férvida venero,
Fué, Virgen, lo primero
Que supe murmurar;
Y de su fé en las alas,

(*) Comenzada la impresion de estas páginas, hemos tenido el gusto de recibir la presente composicion que dejó inédita su malograda autora.

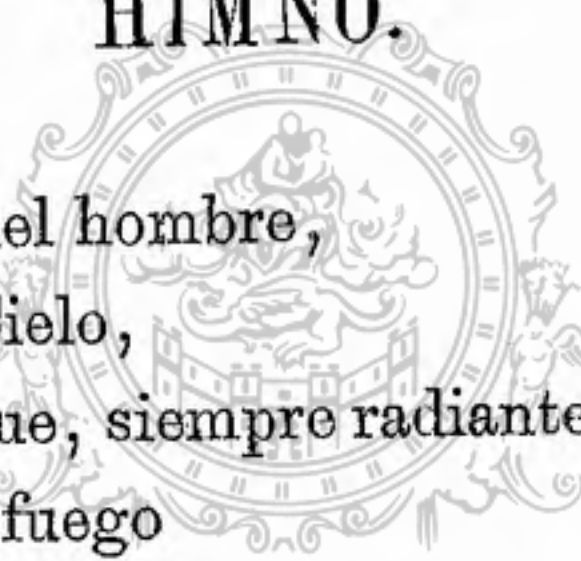
El alma que te adora,
El último, Señora,
Que acierta á pronunciar.
A tí, Virgen María,
Del mundo en los azares,
Al pié de tus altares
Auxilio impetraré,
Y en el revuelto piélago
Que cruzo entre dolores,
Tu gracia y tus favores
Contrita imploraré.
Yo alabo, Virgen pura,
Tu concepcion gloriosa,
Y acato fervorosa
Tu excelsa majestad;
Suspiro en tu amargura,
Me affige tu quebranto,
Y acompaña mi llanto
Tu triste soledad.
Do quiera que mis ojos
Dirigen su mirada,
Tu imágen venerada
Descubro, Madre, allí;
La veo en el arroyo
Que plácido murmura;
La encuentra en la espesura
Mi ardiente frenesí;
En mi delirio amante,
Tu rostro peregrino
Le veo en el divino
Y espléndido tisú;
Le veo en los albores

De la fulgente aurora,
Y en cuanto el sol colora
Estás ¡oh Virgen, tú!
Te miro en el reflejo
Que tiñe el horizonte,
Y en el nevado monte
Y en el undoso mar;
Y en el destello pálido
De la argentina estrella,
Y éstas fúlgida y bella
Del sol en el brillar.
De las hirvientes olas
Te miro en las espumas,
Y en las ligeras brumas
Que ciñen el bajel,
Y entre las nubes diáfanas
De nácar y topacio,
Y en el celeste espacio
De Dios bajo el dosel.
Te miro, Virgen pura,
En mi ferviente anhelo
Sobre el divino velo
Del aureo pabellon,
Y estás dentro del alma,
Y por ventura mía,
Te encuentro noche y día
¡Aquí en mi corazón!

JOSEFA SEVILLANO DE TORAL.

A la Virgen de la Cabeza.

HIMNO.



Amparo del hombre,
Tesoro del Cielo,
Sol divino que, siempre radiante,
Con místico fuego
Benigno ilumina
El mísero suelo,
Celeste azucena
Del cerrado huerto;
¡Qué hermoso es tu nombre,
Qué dulce, qué bello!

Cuando el hombre, cercado de vicios,
En penas envuelto,
A Tí vuelve los ojos llorosos
Tu amparo pidiendo;
Cuando el ser desfallece y vacila
De la vida en el triste sendero,

Cubierto de abrojos
El alma y el cuerpo;
Cuando el crimen el rostro nos mancha
Con su horrible sello
Y de vicios y negras pasiones
Cercados nos vemos;
Cuando el mal, sin descanso, nos sigue
Cual lúgubre espectro
Que de herir á traicion nuestra alma
Acecha el momento;
Cuando el pecho transido fallece
Y la fé languidece en el pecho,
Y el alma se dobla
Sin fuerzas cediendo
A tal torbellino
De males y duelos,
¡Qué grato es llamarte
Tu amparo pidiendo,
Qué hermoso es tu nombre,
Qué dulce, qué bello!

Y cuando tu mano,
Que nos muestra el Cielo,
Nos tiendes, y asidos
A ella podemos
Salir del abismo
En que dimos ciegos;
Cuando ya con tu auxilio y apoyo
Salvados nos vemos,
Y el crimen se aleja,
Y ceden los duelos,
Y el alma en sí vuelve
Y en paz queda el pecho;

La fé resplandece
Más viva naciendo ,
Y ya el ser, más tranquilo recorre
De la vida el penoso sendero ,
¡Qué grato es llamarte
Tu amor bendiciendo ,
Qué hermoso es tu nombre ,
Qué dulce, qué tierno!
Y cuando tu gracia
Llena nuestro pecho ;
Cuando el ser doblegándose admira
Tu poder inmenso ;
Cuando de la vida
En el mar revuelto
Tu mano nos guia
A seguro puerto ,
Qué grato es amarte ,
Llevarte en el pecho....
¡Qué hermoso es tu nombre ,
Qué dulce, qué bello!

J. ALMENDROS CAMPS.

